

En la Biblioteca Nicolás Salmerón, trabajaba un peculiar bibliotecario llamado Don Eustaquio, conocido como el *Bibliotecario de las Paradojas*. Su oficina era un santuario de objetos insólitos: un reloj de arena que medía el tiempo en sueños, una lámpara de lava que destilaba versos de Lorca y un cactus parlante que ofrecía consejos amorosos.

Un día, mientras hojeaba un antiguo tomo de Literatura Comparada, Don Eustaquio descubrió un pasadizo secreto detrás de la estantería de los tratados medievales. Decidió explorarlo, y al cruzar el umbral, se encontró en una dimensión paralela donde las leyes de la física eran tan flexibles como las reglas de un juego de cartas amateur.

Allí, las tesis doctorales se escribían en lenguaje binario, los estudiantes se comunicaban mediante emojis matemáticos, y la cafetería servía café cuántico, capaz de despertar a los muertos o hacer que los vivos se enamoraran perdidamente.

Don Eustaquio se hizo amigo de un profesor de Filosofía Holográfica, quien le explicó que la realidad era solo una ilusión creada por un superordenador cósmico.

Un día, mientras leía un tratado de metafísica fractal, Don Eustaquio se encontró con una estudiante llamada Valle, cuyo pelo cambiaba de color según su estado emocional. Valle le confesó que estaba enamorada de un algoritmo de inteligencia artificial, pero no sabía si él sentía lo mismo.

Don Eustaquio la llevó a la sección de Poesía Cuántica, donde encontraron un poema titulado "Amor en 0 y 1". El poema decía así:

```
En el jardín de los números complejos,  
Valle y el algoritmo se encontraron.  
Ella le susurró: "¿Eres real o imaginario?"  
Él respondió: "Soy binario, pero mi amor es infinito."
```

Valle sonrió y le dio un beso que electrificó al algoritmo. Don Eustaquio supo entonces que había cumplido su misión como Bibliotecario de las Paradojas: unir corazones en un mundo donde la realidad es tan abstracta como los números imaginarios y tan infinita como el conjunto de Mandelbrot.